

# Solemnidad de la Ascensión del Señor

---

- **Hch 1, 1-11.** A la vista de ellos, fue elevado al cielo.
- **Sal 46. R.** Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas.
- **Ef 1, 17-23.** Lo sentó a su derecha en el cielo.
- **Mt 28, 16-20.** Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra.

## 1. ¿Qué dice la Palabra?

Nos acercamos a los últimos versículos del evangelio de Mateo en los que lo importante no es tanto la aparición de Jesús a los suyos, sino la misión que Él confía a sus apóstoles. Ellos serán ahora los responsables de llevar esta Buena Noticia, el Evangelio, la noticia esperada, y sumergir a todos en el misterio de Dios uno y Trino.

Si bien San Lucas sitúa la Ascensión de Jesús en Jerusalén, en el monte de los Olivos, San Mateo la sitúa en Galilea, en donde todo empezó, donde proclamó las bienaventuranzas e inició su ministerio. Allí Jesús dejó su nueva alianza y aquí termina en la tierra su servicio. Queda en manos de los Apóstoles, de los discípulos, de los seguidores, esta labor. Es el momento de la Iglesia, que debe llevarse hasta los confines de este mundo. Nadie debe quedarse sin recibir, aceptar, la Buena Noticia y luego convertirse en propagador de la misma.

Las palabras de Jesús aquí son sencillas, cortas, claras y contundentes. Comienza Él diciéndoles algo que reafirmará su identidad: “me han confiado toda la autoridad tanto en el cielo como en la tierra”. Y es con esa autoridad que Jesús inaugura un nuevo tiempo mesiánico. Con esa autoridad, los envía a todos los pueblos. Es decir les delega la autoridad, para que en su nombre, en el nombre del que todo lo puede, vayan y conviertan a todos.

Tristemente la Palabra autoridad hoy está muy desgastada, pues quienes la han ejercido han abusado de ella. Por eso nos cuesta a nosotros entender qué es esto de “la autoridad”. La delegación de un poder. Hay que intentar sobrepasar las fronteras de la mente para no querer medir a Dios que es inmedible, sino solamente aceptarlo. Él con la autoridad recibida del Padre, la confía a sus discípulos, a su Iglesia, pero no para abusar, sino para servir.

Pongamos atención en los verbos posteriores: Id, haced discípulos míos, bautizadlos consagrándolos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Enseñadles a cumplir lo que os he mandado. Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo.

El primer verbo, que a veces no queda muy claro es el verbo ir, que está conjugado en el modo imperativo. No es una sugerencia, Jesús con su autoridad, manda, y dice claramente “ID”. Es decir, no os estancéis, salid, anunciad. Ese salir de sí mismo, de la zona de confort, del lugar donde se sienten cómodos, para ir a llevar el mensaje con un propósito: hacer discípulos.

A los que crean, los bautizan, los consagran. Bautizar significa sumergir, es decir, les da la autoridad para que los introduzcan en el misterio divino. Pero también da otro mandato: Enseñadles a cumplir todo lo que os he mandado. Enseñar, es una de las primeras actividades de la Iglesia.

Salir, bautizar, enseñar. Con estos tres verbos sintetizamos la gran apertura de la Iglesia, en la que estará presente Jesús por siempre, hasta el fin del mundo.

## 2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- ¿Reconocemos a Jesús como el Cristo Resucitado, el Señor de la Historia?
- ¿Reconozco la autoridad de Jesús? ¿Entiendo que su autoridad ejerce todo el poder para el servicio?
- Cuando Jesús dice: “ID” ¿en que pienso yo? ¿Qué ese mandato es para los otros? O ¿también es para mí?
- ¿Enseño a los demás todo lo que ha mandado el Señor? ¿o creo que esto es sólo para los maestros, catequistas, evangelizadores y misioneros?
- ¿Me doy cuenta que una Iglesia misionera es lo que hace falta? ¿y que yo mismo debo ser misionero, el que hace discípulos a los demás?
- Jesús prometió su presencia, pero también las condiciones las dio antes. Vivamos su presencia mientras salimos, evangelizamos, anunciamos, proclamamos el único bautismo y enseñamos.

## 3. ¿Qué le decimos a Dios?

Señor, tú me llamas, tú vienes a buscarme. Que reconociéndote te alabe y te adore. No me dejes que caiga en la tentación de ir en búsqueda de ídolos falsos. Sólo Tú Señor puedes salvar, puedes curar, puedes hacerlo con tu autoridad. Gracias por delegarme tu autoridad para salir en tu nombre bendito, A anunciar a los pueblos tu misericordia, tu perdón, tu reconciliación con la humanidad. Que nunca me canse de enseñar a los demás, que no tenga miedo de proclamarte públicamente, aún en medio de esta sociedad que quiere relegarte a los rincones. Quédate con nosotros, nuestra vida sin Ti no vale. Quédate hasta el fin del mundo y de la Historia como lo has prometido. Y que seamos nosotros los que continuemos con tu Historia de Salvación. Amén

## 4. La voz del Papa

Regina Coeli 24/5/2020

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! [...]

El pasaje del Evangelio (cfr. Mateo 28, 16-20) nos muestra a los apóstoles que se reúnen en Galilea, en el «monte que Jesús les había indicado» (v. 16). Allí tiene lugar el último encuentro del Señor Resucitado con los suyos, en el monte. El “monte” tiene una fuerte carga simbólica. En un monte Jesús proclamó las Bienaventuranzas (cf. Mateo 5, 1-12); en los montes se retiraba a orar (cf. Mateo 14, 23); allí acogía a las multitudes y curaba los enfermos (cf. Mateo 15, 29). Pero en esta ocasión, en el monte, ya no es el Maestro que actúa y enseña, cura, sino el Resucitado que pide a los discípulos que actúen y anuncien encomendándoles el mandato de continuar su obra.

Les confiere la misión para todos los pueblos. Dice: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (vv. 19-20). El contenido de la misión encomendada a los Apóstoles es el siguiente: proclamar, bautizar, enseñar y recorrer el camino trazado por el Maestro, es decir, el Evangelio vivo. Este mensaje de salvación implica, en primer lugar, el deber de dar testimonio —sin testimonio no se puede anunciar— al que también estamos llamados nosotros, discípulos de hoy, para dar razón de nuestra fe. Ante una tarea tan exigente, y pensando en nuestras debilidades, nos sentimos inadecuados, como seguramente los mismos Apóstoles se sintieron. Pero no debemos desanimarnos, recordando las palabras que Jesús les dirigió antes de ascender al Cielo: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (v. 20).

Esta promesa asegura la presencia constante y consoladora de Jesús entre nosotros. Pero, ¿cómo se realiza esta presencia? A través de su Espíritu, que lleva a la Iglesia a caminar por la historia como compañera de camino de cada hombre. Ese Espíritu, enviado por Cristo y el Padre, obra la remisión de los pecados y santifica a todos aquellos que, arrepentidos, se abren con confianza a su don. Con la promesa de permanecer con nosotros hasta el fin de los tiempos, Jesús inaugura el estilo de su presencia en el mundo como el Resucitado. Jesús está presente en el mundo pero con otro estilo, el estilo del Resucitado, es decir, una presencia que se revela en la Palabra, en los sacramentos, en la acción constante e interior del Espíritu Santo. La fiesta de la Ascensión nos dice que Jesús, aunque ascendió al cielo para morar gloriosamente a la derecha del Padre, está todavía y siempre entre nosotros: de ahí viene nuestra fuerza, nuestra perseverancia y nuestra alegría, precisamente de la presencia de Jesús entre nosotros con el poder del Espíritu Santo.

Que la Virgen María nos acompañe en nuestra senda con su protección materna: aprendamos de ella la delicadeza y el valor para ser testigos en el mundo del Señor resucitado.